

CAPÍTULO VI

(AÑO DE 1600)

ESTADO DE LA COLONIA AL TERMINAR EL SIGLO XVI

Instrucción pública. — Literatura. — Bellas artes

Hasta la llegada de los doce misioneros franciscanos á Nueva España en 1524 no comenzó á cuidarse de la instrucción de los naturales de la tierra, porque Cortés y los religiosos que en la conquista de México y en los tres años siguientes le acompañaron, cuidaban más de la conversión al cristianismo de los principales reyes y señores de la tierra, antes con el fin político de afirmar las conquistas del capitán español, que con el religioso de reducir á la fe cristiana á los nuevos vasallos del emperador Carlos V; pues aunque antes que fray Martín y sus compañeros habían llegado á México fray Juan de Tecto y fray Pedro de Gante, y emprendido ambos la tarea de instruir á los niños indígenas, por haber hallado la ciudad en los momentos de la reconstrucción, tuvieron que retirarse á Texcoco, recogiendo allí algunos niños de las principales familias de esa ciudad; pero los frutos de su empresa no correspondieron á las intenciones de ambos religiosos, principalmente del padre Gante, de modo que con razón puede decirse que no se trató seriamente de la instrucción pública de los naturales hasta la llegada de los demás misioneros franciscanos.

En los primeros días el principal cuidado de los religiosos fué la enseñanza de la doctrina cristiana á los indios, sin hacer distinciones de sexo ni edad; pero poco después ya comenzaron á establecerse escuelas para enseñar á los niños á leer y á escribir, procurando no sólo atraerlos por su voluntad y con el beneplácito de los padres de familia, sino también haciendo que las autoridades españolas obligaran á los señores y caciques á enviar á sus hijos á la escuela y hacer que concurrieren á ella los niños de los macehuales ó jornaleros.

En 1536 se abrió para los indios el colegio de Santa Cruz de Tlatelolco al lado del convento de los franciscanos; allí, bajo la dirección de los religiosos,

se enseñaba lectura, escritura, gramática latina, retórica, filosofía, música y medicina mexicana. Los principales maestros de aquel famoso colegio fueron en el primer siglo de su fundación, fray García de Cisneros, uno de los doce franciscanos que llegaron con fray Martín de Valencia y primer provincial de México; fray Andrés de Olmos, distinguido por sus conocimientos en varios idiomas; fray Juan de Gaona, de la Universidad de París; fray Francisco de Bustamante, insigne predicador; fray Juan Focher, francés, doctor en leyes por la Universidad de París; fray Bernardino de Sahagún, notable escritor é historiador, y otros sabios religiosos¹. Con sesenta estudiantes se abrieron las cátedras de Tlatelolco el 6 de enero de 1536, y en pocos años salieron de allí aventajadísimos alumnos, que á su turno ocuparon el lugar de sus profesores. El virey don Antonio de Mendoza favoreció con gran empeño aquel establecimiento y lo recomendó eficazmente á su sucesor en el gobierno, porque esperaba la paz y progreso en la colonia y la propagación del cristianismo por los esfuerzos de los hijos de aquel colegio².

En el convento de San Francisco de México se fundó también una escuela por fray Pedro de Gante, el más ilustre de todos los primeros franciscanos por su acertado empeño en la instrucción de los indígenas, y á cuya escuela acudían hasta mil niños, á quienes se enseñaba lectura y escritura, latín, música y canto.

La disposición real para recoger y sustentar por cuenta del gobierno á los niños mestizos hijos de españoles y abandonados por sus padres, fué el origen del establecimiento del colegio de San Juan de Letrán, que

¹ *La Instrucción pública en México durante el siglo XVI*, disertación por don Joaquín García Icazbalceta.

² Instrucción de don Antonio de Mendoza á don Luis de Velasco.

estuvo primero á cargo del doctor Quesada y que subsistió después por más de tres siglos. Al principio aquel plantel no fué sino una casa de asilo en donde procuraba doctrinarse á esos niños; pero después, en el año de 1553, el emperador ordenó que cada año se diesen á aquel colegio seiscientos pesos de oro tomados de las penas de cámara. Ese colegio fué fundado por don Antonio de Mendoza en un hospital que frente á su convento y para niños indios tenían los franciscanos, y cuyo edificio ocupó el virey ofreciendo á los religiosos proporcionar otra casa para trasladar el hospital. Una vez fundado ese colegio comenzaron á educarse en él no sólo los niños mestizos recogidos por la autoridad, sino otros muchos á quienes sus padres enviaban á instruirse y á educarse en buenas costumbres.

Nombráronse tres teólogos por el rey para dirigir el colegio; uno de ellos, por turno anual, debía hacer de rector y los otros dos de conciliarios; de éstos, el uno era el maestro de escuela, y con ayuda de los colegiales más adelantados enseñaba al pueblo la doctrina en ciertos días de la semana, y el otro enseñaba gramática latina: los tres estaban obligados á trabajar gramáticas y vocabularios de los idiomas indígenas. Los alumnos de Letrán estaban divididos en dos clases: «los que no manifestaban capacidad para las ciencias eran destinados á aprender oficio y primeras letras en el mismo colegio, donde podían permanecer hasta tres años; los de ingenio suficiente, á razón de seis por año, escogidos entre los más hábiles y virtuosos, seguían la carrera de las letras durante siete años ¹.»

El ayuntamiento fundó también varias escuelas de primeras letras para los niños, y además hubo profesores que se dedicaron á la enseñanza abriendo en sus casas escuelas como el bachiller Gonzalo Vázquez de Valverde en 1536, á quien el rey auxiliaba con cincuenta pesos anuales; el bachiller Diego Díaz, que en 1550 daba lecciones de gramática, y el doctor Francisco Cervantes de Salazar, que también se dedicó al profesorado.

Don Antonio de Mendoza, el virey á quien tanto debió la colonia, fundó un asilo para niñas que puso al cuidado del oidor Tejada; en ese asilo se recogían las niñas mestizas abandonadas, y allí, sujetas á la mayor vigilancia, aprendían «artes mujeriles como coser y bordar, instruyéndose al mismo tiempo en la religión cristiana, y se casan cuando llegan á la edad competente ².» En ese colegio, aunque fundado sólo para mestizas, comenzaron también á recogerse niñas españolas. El rey señaló rentas á ese colegio, que se estableció definitivamente en una casa á la espalda del convento de San Francisco, en donde se levantó después el gran edificio conocido hasta hoy con el nombre de Colegio de Niñas.

El rápido desarrollo de la instrucción pública en México, el deseo vehemente de perfeccionarse en los estudios que crecía en los ánimos de la juventud de Nueva España y el gran número de hijos de familia enviados por sus padres á la metrópoli á cursar las cátedras de las carreras profesionales, obligaron al virey, al ayuntamiento y á los principales vecinos de la capital á pensar seriamente en el establecimiento de una Universidad en México. Despachóse solicitud á la corte durante el gobierno del virey Mendoza, apoyada eficazmente por él; pero la resolución favorable no se obtuvo hasta el 21 de setiembre de 1551, cuando ya gobernaba don Luis de Velasco, por una real cédula del príncipe don Felipe, en la que se ordenó la creación de la Universidad de México. El 21 de enero de 1553 inauguróse solemnemente la Universidad, abriéndose las cátedras en diversos días y no en uno mismo, porque el virey y la Audiencia, para dar mayor solemnidad á la fundación, asistieron á la primera lección de cada clase. El oidor Rodríguez de Quesada obtuvo el cargo de rector y el oidor Santillana el de maestrescuelas; «la cátedra de Teología fray Pedro de Peña, dominico, después obispo de Quito, reemplazado á poco por el omniscio don Juan Negrete, maestro en Artes por la Universidad de París y arciano de la Metropolitana; el insigne agustino fray Alonso de la Veracruz obtuvo la de Escritura Sagrada y después la de Teología Escolástica; el Dr. Morones, fiscal de la Audiencia, ocupó la de Cánones; el Dr. Melgarejo desempeñó poco tiempo la de Decreto y le sucedió el Dr. Arévalo Sedeño, que vino de provisor con el Sr. Montúfar; la de Instituta y Leyes se dió al Dr. Frías de Albornoz, discípulo del gran jurisconsulto don Diego de Covarrubias; en la de Artes enseñó el presbítero Juan García, canónigo; el Dr. Cervantes Salazar entró en la de Retórica, y en la de Gramática fué colocado el Br. Blas de Bustamante, incansable institutor de la juventud. Después se fundaron otras, entre ellas las de Medicina y de idiomas mexicano y otomí. Casi todos los primeros catedráticos eran sujetos distinguidos por su carrera literaria y los puestos que ocupaban. De su suficiencia no puede dudarse, con sólo ver entre ellos nombres como el de fray Alonso de la Veracruz ¹.»

Las cátedras de la Universidad se dividían en temporales y perpétuas: las temporales se dieron por oposición cada cuatro años; las perpétuas sólo variaban de maestro por la muerte ó renuncia del que las desempeñaba. Al obtenerse una cátedra por oposición, el agraciado pagaba derechos, hacía el juramento de desempeñar bien su cargo y prometía observar una conducta retraída, no asistiendo á bailes, teatros, vítores, ni otros espectáculos ó manifestaciones públicas. La cátedra de Medicina al principio fué una sola, y después, casi al fin del siglo XVI, se dividió en prima

¹ GARCÍA ICAZBALCETA. — Disertación citada.

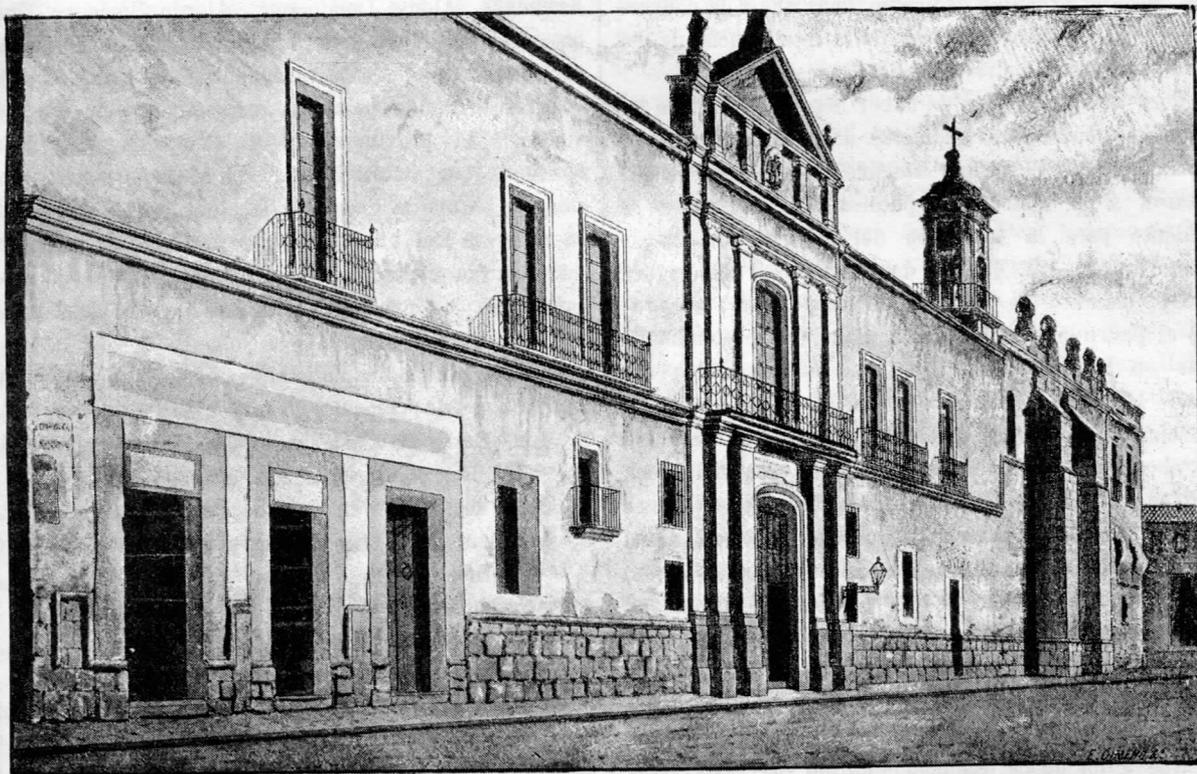
² FRANCISCO CERVANTES SALAZAR. — *Diálogos*, año de 1554.

¹ GARCÍA ICAZBALCETA. — Obra citada.

y vísperas; en la de prima se estudiaba todo lo relativo al cuerpo sano, es de suponerse que era un estudio de anatomía y fisiología, y en la de vísperas se explicaba lo que hacía relación al cuerpo enfermo y á su medicación. Tuvo por fondos la Universidad: los solares que se le señalaron por el rey don Felipe II en 1574, en donde existieron las casas de Alonso de Ávila, condenado á muerte y á perdimiento de bienes en la conspiración de don Martín Cortés; unas estancias de ganado cedidas, según parece, por don Antonio de Mendoza, y mil pesos de oro anuales que le fueron señalados por la cédula de 1551. En 1560 se le mandaron dar quinientos pesos más, y le aumentaron en 1571 trescientos; en 1588

mil quinientos y en 1597 tres mil. La Universidad permaneció en las casas levantadas en los solares de Alonso de Ávila hasta el año de 1589, en que se trasladó al lugar en que definitivamente quedó establecida, y es el edificio que ocupa hoy el Conservatorio de Música.

Hubo en México, durante el siglo XVI, médicos que se distinguieron, tanto por el estudio y acierto para ejercer su profesión como por las obras que dieron á luz; cuéntanse entre ellos el doctor don Juan de la Fuente, médico que fué de la Inquisición, y que en la epidemia que asoló á la Nueva España en 1576 procuró con gran cuidado y adelantándose á su época buscar el origen del mal y su asiento en el cuerpo humano. estudiando en



Edificio de la antigua Universidad, actualmente Conservatorio de Música

el Hospital Real en los cadáveres de los que morían allí por la peste.

«Reduciéndonos, dice García Icazbalceta, á los que escribieron, mencionaré al Dr. Cristóbal Méndez, que en Jaen (1553) imprimió un libro *Del ejercicio y de sus provechos*: al Dr. Pedrarias de Benavides, autor de unos *Secretos de Chirurgia* (Valladolid, 1567); al Dr. Bravo, que en 1570 empleaba las prensas de Pedro Ocharte para imprimir sus *Opera Medicinalia*: al hermano coadjutor Alonso López de Hinojosos, que dió dos ediciones mexicanas de una *Suma y Recopilación de Cirugia*: al padre Agustín Farfán, agustino, primer mexicano que imprimió un *Tratado de Medicina*, del cual se hicieron cuatro ediciones. Dije que no hablaría sino

¹ Obra citada.

de escritores; pero ¿cómo negar hasta un recuerdo al caritativo médico Pedro López, fundador de los hospitales de San Juan de Dios y de San Lázaro, y de la primera casa de Expósitos de nuestra capital?

«Médico era también el Dr. Cárdenas; pero sus *Problemas y Secretos maravillosos de las Indias*, salidos de las prensas de Pedro Ocharte, en 1591, son más bien un libro de *Cuestiones naturales*. Y si de estas ciencias hay que hablar también, no se debe callar que el célebre Dr. Hernández escribió su gran *Historia Natural de la Nueva España* de orden de Felipe II.»

La nueva Universidad fué investida con todos los privilegios de la de Salamanca; concediósele el título de Real y Pontificia é incorporáronse á ella todos los doctores que en ese tiempo existían ya en México,

contándose entre ellos al arzobispo Montúfar. Necesariamente, con tan brillantes auspicios, abundantes debían ser los frutos; acudió en tropel la juventud de México á inscribirse en las cátedras y á escuchar las lecciones de los distinguidos profesores, y muy pronto la Universidad de México comenzó á tener un lugar distinguido entre las principales establecidas en los extensos dominios de la monarquía española.

La llegada de los padres de la Compañía de Jesús á la Nueva España, dió poderoso impulso á la instrucción pública, tanto porque entre ellos se encontraban hombres de gran inteligencia y era su instituto la enseñanza superior, cuanto porque, animados de gran celo por el progreso intelectual y moral de los indios, procuraron desde el principio dedicarse, más que á la conversión de los idólatras, al cultivo de la inteligencia de los naturales del país, indios, criollos ó mestizos.

Poco tiempo después de haber llegado á México los jesuitas, comenzaron á dedicarse á enseñar á los niños la doctrina; pero el primer servicio de importancia que prestaron á la instrucción pública fué interponer su valimiento para la fundación del colegio llamado de Todos Santos. El doctor don Francisco Rodríguez Santos, «tesorero de la Iglesia Metropolitana, se presentó al padre provincial Pedro Sánchez, pretendiendo entrar en la Compañía, á la que ofrecía todos sus bienes. El padre Sánchez le disuadió de su empeño y no aceptó la donación, antes le aconsejó que llevase á cabo el proyecto que ya tenía formado de fundar con esos bienes un colegio de estudios mayores para jóvenes aprovechados pero pobres. Siguió el tesorero aquel consejo, y verificó la fundación en sus propias casas, el 1.º de noviembre de 1573. Tal fué el origen del colegio de Santa María de Todos Santos¹.» Se dotó este colegio con diez becas destinadas á los jóvenes más distinguidos, que por falta de recursos pecuniarios y habiendo concluido sus estudios profesionales no podían dedicarse á los de perfeccionamiento en sus respectivas carreras; de modo que puede decirse que este colegio fué el primero que se abrió para la enseñanza superior de los profesores en toda la América y podría agregarse que ha sido el único.

Tan rápido era el desarrollo de la instrucción pública, tanto el empeño de la juventud de la colonia para avanzar en las letras y tan grande la protección que impartía el gobierno vireinal, que en 1580 el virey don Martín Enríquez decía en el informe á su sucesor el conde de la Coruña: «En lo tocante á las letras yo he procurado así con mucha hacienda, como con significar á S. M. la importancia de ellas para que ayudase á levantallas, como lo he fecho, con lo cual se van ennoblecendo las escuelas mas que yo las hallé; y parece que han tomado lustre. V. S. mandará dalles la mano para que valla adelante y se hagan buenas escuelas,

pues S. M. lo manda, por que van en tanto aumento los que nacen en esta tierra, que si este socorro no tuviesen, no sé lo que fuera dellos, segun la inclinación de algunos, aunque los padres de la compañía han acudido tambien á esto despues que vinieron, que se echa muy bien de ver en el fruto que parece, por lo cual en lo que he podido les he honrado y ayudado, y lo mismo es justo que haga V. S., pues por esto y por todo lo que hacen lo merecen.»

Fundaron los jesuitas en 1573, en el mes de agosto, el colegio de San Pedro y San Pablo, protegidos por don Alonso de Villaseca, riquísimo propietario de México, y por don Pedro García de Albornoz, don Melchor de Valdés, don Pedro López, doña Catarina Avendaño, Alonso Domínguez, Alonso Jiménez y Francisco Pérez del Castillo, contribuyendo unos con dar cantidades de dinero para la fabrica del establecimiento y otros fundando becas para el sustento de los estudiantes. El provincial de la Compañía, don Pedro Sánchez, que había iniciado la idea de fundar aquel colegio, obtuvo la licencia y facultad para llevar á cabo su empresa del virey don Martín Enríquez, y los protectores fueron recibidos como patronos del colegio y nombraron los primeros colegiales, cuyos nombres nos ha conservado la historia.

1. Gaspar de Valdés, hijo segundo de Melchor Valdés.
2. Baltasar de Valdés, hijo mayor del mismo.
3. Luis Pérez del Castillo, hijo de Francisco Pérez del Castillo.
4. Juan de Ayanguren, hijo de Martín de Ayanguren.
5. Baltasar de Castro, presentado por don García de Albornoz.
6. Agustín de Leon, hijo del doctor Pedro López.
7. Alonso Jiménez, hijo de Alonso Jiménez.
8. Bartolomé Domínguez, hijo de Alonso Domínguez.

Abriéronse las cátedras solemnemente el 11 de noviembre de 1593, y fué el primer rector, nombrado por los patronos, el licenciado Jerónimo López Ponce¹.

El número de estudiantes aumentó rápidamente, y no siendo bastante ya para atender á su instrucción el colegio de San Pedro y San Pablo, fundaron los jesuitas otros tres colegios en México, bajo la advocación de san Miguel, san Bernardo y san Gregorio. Durante los primeros años de su fundación en todos estos colegios sólo se enseñaron las primeras letras, la gramática latina y la retórica; pero tan notables y rápidos progresos hicieron los alumnos, que un historiador de la Compañía de Jesús² dice que: «los niños de doce y catorce años componían y recitaban en público piezas latinas de muy bello gusto en prosa y en verso;» entonces y con este motivo abriéronse los estudios

¹ ALEGRE. — *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, lib. I. — Don Alonso de Villaseca dió para el colegio de San Pedro y San Pablo más de 140,000 pesos.

² Don Francisco Javier Alegre.

¹ GARCÍA ICAZBALCETA. — Obra citada.

mayores, comenzando á leer el primer curso de filosofía el padre Pedro López de Parra á fines del año de 1575.

Con el objeto de impedir discordia ó dificultad entre los colegios dirigidos por los jesuitas y la Universidad de México, ya sobre validez de estudios, ya sobre grados de bachilleres y doctores, el padre Francisco Parras, procurador en la corte de la Compañía, obtuvo del monarca en 1579 una cédula de concordia, por lo que se disponía que los jesuitas, enseñando gratis y sin estipendio alguno latinidad, retórica, artes y teología, «se consideraran sus colegios como Seminarios para la Universidad y que sus estudiantes pudieran ser graduados en ella.» El virey Enríquez, en virtud de esta cédula, determinó todos los puntos de concordia entre la Universidad y los jesuitas. En 1583 se reunieron los colegiales de San Miguel, San Pedro y San Pablo y San Bernardo, reduciéndose á un solo colegio, que se nombró de San Ildefonso, y que subsistió después cerca de tres siglos; pero el establecimiento de San Gregorio se conservó dedicándose por entonces como seminario de indígenas de raza pura.

Don Martín Maldonado, cacique del pueblo de Tepotzotlán, hizo donación á los jesuitas en aquel pueblo de una casa y de una huerta, proponiéndoles fundaran allí un colegio; aceptaron gustosos y establecióse entonces el seminario de San Martín de Tepotzotlán, que con el carácter de colegio para la carrera eclesiástica subsistió hasta mediados del siglo XIX.

Los dominicos establecieron también en México su colegio, y aunque no concurrían á él crecido número de estudiantes, era, sin embargo, uno de los centros de ilustración.

En las provincias de la Nueva España fundáronse también en el siglo XVI gran número de colegios, comenzando por el de San Nicolás de Valladolid, en Michoacán, que es, según expresión del padre Alegre en su *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, el más antiguo en toda la América. Siguiéron á éste otros que los jesuitas establecieron en Zacatecas, Oaxaca, Puebla, Veracruz, Valladolid, Guadalajara y Pátzcuaro ¹, en los que alcanzaron abundantes frutos, á pesar de las grandes dificultades y obstáculos que á cada paso se les presentaban, no por los naturales ó vecinos del país, sino por el clero secular, que quería predominar sobre las órdenes religiosas y que contaba generalmente en su apoyo con los obispos y enemigos de las principales provincias, y no pocas veces con el metropolitano de México y su cabildo eclesiástico.

Grandes progresos hizo la juventud que estudiaba en la Universidad de México y en los colegios establecidos por las órdenes religiosas; enseñábanse en ellos, además de la filosofía ó curso de artes, como se llamaba entonces, la medicina, la teología moral y la dogmática, el derecho civil y canónico, el latín, el griego, el hebreo

y las principales lenguas ó idiomas del país, á lo que se dedicaban principalmente los que siguiendo la carrera del sacerdocio debían predicar á los indios.

Algunos naturales del país fueron muy distinguidos en los estudios, á pesar de que no se les permitía recibir las órdenes sagradas y se les oponían grandes dificultades para entrar en la carrera del foro, con el pretexto de que siendo los indios muy dados á pleitos y litigios judiciales, sería favorecer aquel mal espíritu darles abogados de su raza ó proteger en eso á los mestizos, á quienes se culpaba de dirigir á los indios. Hizose muy notable, según refieren los historiadores, entre los estudiantes de aquellos tiempos, un colegial de San Nicolás de Morelia, de quien dice el licenciado Moreno en la *Vida de don Vasco de Quiroga*, que el padre Florencia lo menciona como tan instruido en las lenguas de aquel obispado, que los primeros jesuitas le llevaban siempre en su compañía, y el mismo Moreno dice: «Ni es poco el lustre que resulta al Colegio con numerar entre sus alumnos á Don Antonio Vitzimengari y Mendoza, hijo del último Rey de Michoacan Caltzontzi, y ahijado en el bautismo del Sr. Don Antonio de Mendoza, primer Virey de la Nueva España, quien le envió aquí con recomendaciones grandes para su educación é instruccion. Fué discípulo del Maestro Fray Alonso Vera-Cruz, y muy instruido en las lenguas Hebrea, Griega, Latina, Castellana y Michoacanense. Después fué Gobernador de Tzintzuntza, y siempre muy honrado y recomendado de nuestros Reyes ¹.» Aunque respecto á esta cualidad de honradez de don Antonio Uitzimengari, se expresa así fray Francisco de Mena en un informe presentado al rey ²: «en este reyno de Michoacan ay un indio llamado Don Antonio que pluguiera á Dios que nunca hubiera estudiado, dicese ser hijo de cazozí, que era como Rey de aquella tierra, en tiempo de su infidelidad, anda muy acompañado de españoles perdidos, que cuando no los veen ni oyen, le llaman Rey: hace este grandes tiranias echando derramas, sin medida ninguna, costoso en sus comidas, trages y caballos, de los cuales hace mercedes muchas veces. Perjudicial en extremo á la honestidad de las indias sin tasa suya, ni de los que con él andan, servir seria á Dios y el Rey nuestro Señor, mucho en que se les ponga una tasacion en lo que a de llevar, y que de allí, so graves penas, no excedan, ó le manden venir á España, porque es gran peligro estar aquel allá.»

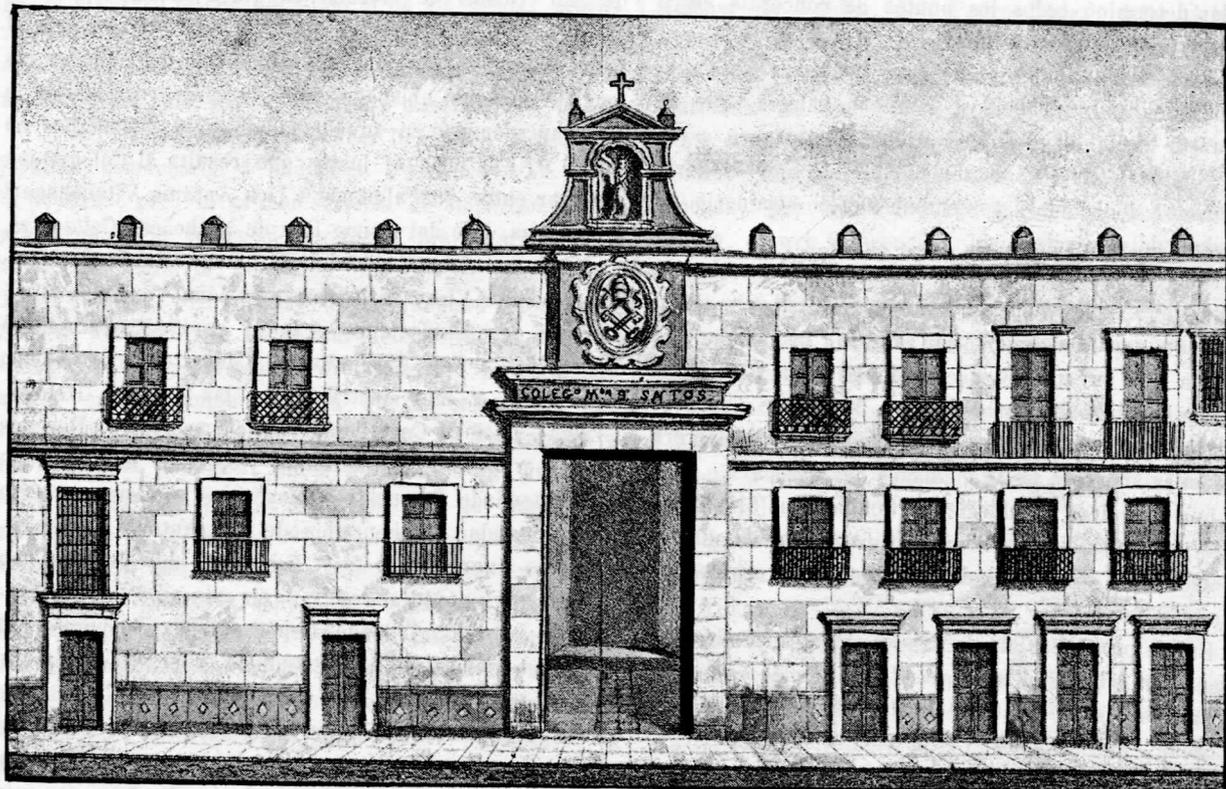
Las funciones literarias de los colegios formaban la parte principal en las grandes solemnidades públicas; así, cuando en México se colocaron en el colegio máximo de los jesuitas unas reliquias que habían venido de Roma, se solemnizó aquel acto por el virey, el arzobispo, el ayuntamiento y las comunidades religiosas, y fué de mucho lucimiento en el que «la ciudad y ayun-

¹ MORENO. — *Vida de Vasco de Quiroga*, pág. 55, nota.

² *Documentos inéditos de Indias*, tomo XI, pág. 191.

tamiento publicó un cartel literario, con siete certámenes, señalando ricos premios y jueces que reconociesen el mérito de las piezas y los adjudicasen á las que debían ser coronadas. Este cartel, con el noble acompañamiento de los diputados y algunos otros caballeros, de muchos colegiales de los seminarios, y otros de los más principales de nuestros estudios con ricos vestidos y jaeces, al son de trompetas y clarines, se paseó por las calles. Llegando la vistosa caravana á las casas de cabildo, un heraldo lo leyó en alta voz desde el balcón, y allí mismo, en un dosel de damasco carmesí con franjas de oro estuvo puesto algunos días ¹»

Y después agrega: «para las funciones de la tarde, se dispuso una especie de tablados y en medio un teatro levantado para las representaciones y coloquios. Los cuatro primeros días hicieron por su orden los colegios Seminarios de San Pedro y San Pablo, San Bernardo, San Gregorio y San Miguel. El quinto, los estudiantes seculares. El sexto, con innumerable concurso y aplauso, se leyeron las piezas de retórica y poesía sobre los asuntos que se habían señalado en los certámenes. Los jueces en un tribunal magestuosísimo que se había erigido á este fin, reconocieron las piezas y repartieron los premios. El sétimo día, se presentó la tragedia de



Colegio de Santa María de Todos Santos

la Iglesia perseguida por Dioclesiano; y el octavo, su triunfo, bajo el glorioso reinado de Constantino el Grande, con tanta propiedad y viveza, que encantado el pueblo, exclamó muchas veces al concluirse que se repitiera el Domingo siguiente, como se hubo de hacer con mucha mayor asistencia y extraordinaria conmoción de afectos piadosos. Estas dos piezas eran composiciones de los maestros de latinidad y retórica.»

Procurábase familiarizar entre los estudiantes el uso de la lengua latina y de las lenguas indígenas; representábanse comedias en mexicano, probablemente traducidas del español, y las en lengua latina eran muy comunes; así refiere el padre Alegre que pasó en 1594:

¹ ALEGRE. — *Historia de la Compañía de Jesús*, tomo I, página 137.

«Para juntar la sabiduría con la piedad y el provecho de los prójimos en los ejercicios literarios, dispusieron nuestros profesores de humanidad una comedia latina, que se representó en el patio de nuestro colegio con singular concurso el día de San Hipólito, patron de esta metrópoli. La historia de este Santo mártir dió asunto. Los estudiantes fueron los actores y la ciudad quiso interesarse repartiendo premios correspondientes á muchas latinas y castellanas composiciones que ellos añadieron formando una especie de certámen.»

El virey y el ayuntamiento procuraban siempre concurrir á los certámenes literarios; asociarse á los rectores y catedráticos y dar premios á los estudiantes más adelantados, para alentar y estimular á la juventud y dar una muestra de la alta estimación en que los

gobernantes tenían aquella clase de trabajos y de su empeño en el progreso de la enseñanza y en la difusión de los conocimientos científicos y literarios.

Aunque no tan extendido el conocimiento de los idiomas griego y hebreo, su estudio se generalizó hasta el grado de que en algunas solemnidades, como en la de la colocación de las reliquias, «en unos medallones de carton plateado, se habían entregado algunas sentencias en idioma y caracteres griegos y hebreos.» En el año de 1594 los dominicos celebraron la canonización de san Jacinto, y se adornaron las calles «con tarjas, carteles, pinturas de diversas invenciones, emblemas,

empresas, enigmas, epigramas, himnos y gran diversidad de ruedas, laberintos, acrósticos y otros géneros de versos exquisitos, los más en lengua latina, italiana y castellana, y algunos en griego y en hebreo.»

El estudio de las lenguas indígenas preocupó altamente la atención de las comunidades religiosas establecidas en México y del gobierno mismo vireinal, por la necesidad que del conocimiento de esas lenguas tenían los misioneros y los curas para instruir al pueblo en la religión cristiana, para escuchar las confesiones y hasta para el trato doméstico, porque tenían necesidad de vivir en pueblos de indios en donde el idioma español



Colegio de San Ildefonso

era completamente desconocido. Aprendieron muchos religiosos y muchos sacerdotes del clero secular las lenguas de los naturales de la tierra; pero esto no era bastante, había que convertir aquellas lenguas habladas en lenguas escritas y encontrarles su gramática propia, y ésta fué la gran dificultad conque tropezaron hombres eminentes, pero que no tenían á su disposición los grandes elementos que la filología ha acumulado en la época presente.

Las letras no son sino sonidos simples en las vocales y compuestos en las consonantes, porque no es posible aceptar la diferencia, que algunos quieren establecer, llamando sonidos á las vocales y ruidos á las consonantes. El sonido es el resultado de una vibración regular sujeta á una ley complicada, pero que es

siempre una ley; el ruido es la mezcla de sonidos acumulados sin regla ninguna ¹ y las consonantes se forman del sonido compuesto de un sonido ilimitado, es decir, que puede prolongarse por todo el tiempo que se quiera, y el sonido de una vocal, que arbitrariamente se ha agregado para indicar el término y aun el principio de ese sonido, que en algunos casos no podría producirse sin el auxilio de las vocales; por ejemplo, en la *r*, la vibración de la lengua podría continuarse, si no se interrumpiera por la vocal, y lo mismo puede decirse de la *s*, de la *z* y de la *c*; la *b* y la *p* serían sonidos improducibles si se quisiesen hacer simples; pero la vocal *e* que en español se les agrega

¹ *Le son et la musique*, por P. Blaserna, profesor de la Universidad de Roma, cap. XIII.

para hacer pronunciables todas las consonantes, antepuesta y pospuesta podía ser muy bien sustituida por cualquiera otra de las vocales sin que esto influyese en el sonido de la consonante, cuando ésta entra como elemento en la composición de cualquier palabra, porque lo mismo suena la *p* en *prenda* ó en cualquiera otra palabra de que forme parte, siendo *pe* en el alfabeto que siendo *pi* ó *po*. Pero la dificultad para la escritura de los idiomas modernos ha sido que los mismos caracteres representan á las letras en gran número de estos idiomas como en el francés, inglés, español, italiano, etc., y los sonidos representados son distintos, como por ejemplo, en *ch* francesa, en la española que se pronuncian de distinta manera y aun en el mismo español de diverso modo en el uso actual que en el *chrisma* ó *chisto*, *choro*, ortografía que aun se encuentra en libro, del siglo pasado.

De aquí vino la dificultad conque tropezaron los misioneros al hacer escritos los idiomas indígenas de la América, teniendo por base las letras del alfabeto español, cuando en esos idiomas había sonidos que no correspondían á ninguno de esos caracteres. La *tz* les sirvió para representar un sonido que no existía en el idioma español, pero era muy común en el tarasco y en el mexicano ó náhuatl; no le encontraron correspondencia en las letras del alfabeto español, y lo representaron por la *x*; vacilaron en el mexicano ó náhuatl entre la *s* y la *c* española y suprimieron la *s*, y tampoco dejaron la *h*, sustituyéndola con la *q* ó la *c* fuerte en los casos respectivos, siendo así que más sencillo hubiera sido dejar la *h*, cuyo sonido ni está sujeto á las irregularidades de la *c*, que se pronuncia de distinto modo, según la vocal que le sigue, ni es imperfecta como la *q*, que en español necesita de la inútil y muda *u* en las sílabas *que*, *qui*. Para los sonidos suaves de la *c* en *ca*, *co* y *cu*, algunos misioneros aceptaron la *z* y otros pusieron la *c* cedilla (*ç*). El sonido *tle*, lo mismo que el *ts*, lo supusieron resultado de la combinación de dos letras, y así lo escribieron, no atreviéndose á inventar para ambos sonidos caracteres nuevos, como se hizo en Yucatán con la lengua maya, con el sonido fuerte *ts*, al que se le dió por signo una *c* al revés *ç*, escribiéndose, por ejemplo, *çIQANTUN* (piedras colocadas).

Produjo esto dificultades y oscuridad en la escritura de las lenguas indígenas á tal punto, que de no existir tan gran número de individuos que aun hablan esas lenguas en la República Mexicana, sería imposible encontrar la pronunciación verdadera de muchas de esas letras.

Formar la gramática de los idiomas de las tribus indígenas, fué también heroico trabajo de los misioneros, tanto porque esos idiomas no estaban sujetos á reglas gramaticales, cuanto porque se empeñaban en amoldarlos á la gramática latina, pretendiendo que tuviesen

la oración dividida en las mismas partes; que las declinaciones y conjugaciones siguiesen el mismo camino que las latinas y que el espíritu de la lengua fuese el mismo, cuando el mexicano aun podía considerarse como polisintético y al tarasco, en el principio de la evolución entre el estado aglutinante al amalgamante; y los demás idiomas, aun en mayor imperfección, llegando hasta al estado monosilábico como el otomí y otros.

Pero en medio de todas estas dificultades puede decirse, con un escritor moderno, que el grupo lingüístico de nuestra literatura es uno de los que más la honran ¹, pues la mayor parte de los idiomas que se hablaban por los indígenas en la colonia de Nueva España tuvieron sus gramáticas y hasta sus vocabularios más ó menos perfectos, por desgracia muchos de ellos perdidos. El obispo Zumárraga fué el primero que en 1539 mandó imprimir catecismos de la doctrina cristiana en lengua náhuatl ó mexicana; en 1546 se imprimió también el que escribió fray Alonso de Molina, gran maestro é intérprete de náhuatl y autor del gran vocabulario mexicano; tres ediciones se hicieron de la doctrina mexicana del padre Gante, y un dominico, fray Domingo, y el agustino fray Juan de la Anunciación, publicaron también sus doctrinas. y el último de estos religiosos un sermonario; además publicáronse ó corrieron manuscritos muchos sermones, salmos y explicaciones de la doctrina cristiana en mexicano, de los cuales, sobre todo manuscritos, se encuentran aún algunos ejemplares. En la lengua otomí menciona Icazbalceta haberse encontrado una doctrina impresa, obra de fray Melchor de Vargas, que tiene además un texto mexicano y español. «Para el idioma tarasco, dice el mismo escritor, fué fray Maturino Gilberti, francés, lo que el padre Molina para el mexicano. Nos ha dejado una Cartilla, una Gramática, dos Tesoros espirituales, diversos, un enorme Diálogo de Doctrina, trabajo asombroso, y un Vocabulario doble. Escribió, además, para el colegio de Tlatelolco una gramática latina, que he visto impresa. En la misma lengua tarasca imprimió Arte Diccionario breve y otras obras fray Juan Bautista de Lagunas, y fray Juan de Medina nos dió un extenso *Doctrinalis Fidei*.

«Del misteco no faltaron escritores. Además de dos Doctrinas en dos dialectos diferentes, que dió al molde el infatigable misionero fray Benito Fernández, tenemos la Gramática del padre Reyes, y el rarísimo Vocabulario compilado por fray Francisco de Alvarado. No se sabía que hubiese escritor en lengua Chuchona (de la familia del mixteco); pero al fin se halló en un atado de papeles viejos, destinados á envolver, la Doctrina de fray Bartolomé Roldán, autor totalmente desconocido. ¡Cuántos otros se hallarán en igual caso! En zapoteco salieron á luz la Doctrina del Ilmo. Sr. Feria,

¹ GARCÍA ICAZBALCETA. — Trabajo citado.

obispo de Oaxaca; el Arte y Vocabulario del padre Córdova. En huasteco existen las Doctrinas de los padres Guevara y Cruz. No quedaron desatendidas las provincias meridionales. A las prensas de México vinieron la Doctrina Utlateca del Illmo. Sr. Marroquín, obispo de Guatemala: las gramáticas de varias lenguas de aquella región, compiladas por fray Francisco Zepeda, y el Arte y Vocabulario maya de fray Luis de Villalpando. Así es que antes de terminar el siglo había ya impresos libros en ocho ó diez lenguas indígenas, y corrían los cinco vocabularios de mexicano, tarasco, misteco, zapoteco y maya.»

Entre las gramáticas ó artes, como se les llamaba, de la lengua náhuatl, la que alcanzó mayor crédito, y aun hoy sirve de texto, fué la del padre Horacio Carochi el año de 1645, reformada después por el padre Ignacio Paredes, año de 1759; y del tarasco, la del padre Juan Bautista Laguna, publicada en 1574, que sirvió de base, con la que escribió también el padre Maturino Gilberti (escrita por 1559), á fray Diego de Basalencque, para formar en el siglo XVIII la mejor gramática de ese idioma; pero por los motivos ya explicados, se nota siempre gran diferencia en la ortografía en todos los vocabularios ó artes de las lenguas indígenas de la Nueva España.

En los primeros años después de la Conquista, tal vez porque los sirvientes de los españoles eran indios, todos los niños mestizos y criollos hablaban el idioma del país ¹»

Brillaron en las letras españolas en la colonia, Bernardo de Balbuena, que era español educado en México, autor de varios poemas: la *Grandeza mexicana*, el *Siglo de oro* y el *Bernardo*, dura y parcialmente criticado por Hermosilla, pero digno, sin embargo, de alabanza como un monumento histórico y literario. El doctor Eugenio de Salazar, que fué oidor de México, y que dejó sus obras en verso y prosa, y un poema intitulado *Navegación del alma* ², en un grueso volumen con el título de *Silva de poesía*. González de Eslava escribió diez y seis coloquios espirituales, que unidos á sus poesías sagradas vieron la luz pública en 1610, recopiladas por fray Fernando Vello de Bustamante, y fueron reimpresos en 1877 por don Joaquín García Icazbalceta. Se hace mención de otro poeta mexicano, don Francisco de Terrazas, elogiado por Cervantes en un canto á Calíope, aunque sus obras están hasta hoy perdidas. Don Antonio de Saavedra Guzmán publicó en veinte cantos y en octavas reales en Madrid, el año de 1599, un poema titulado el *Peregrino Indiano*, y fué reimpresso en 1880 en México.

Las representaciones teatrales comenzaron en México pocos años después de la llegada de los conquistadores,

siendo en lo general asunto de ellas pasajes de la escritura ó guerras entre moros y cristianos, en las que entraba por mucho la explicación de la doctrina. En todas las fiestas políticas ó religiosas se cuidaba siempre de hacer alguna representación de comedias ó autos sacramentales, generalmente al aire libre y en donde todo el pueblo sin distinción podía concurrir al espectáculo. En la famosa fiesta del Corpus, en Tlaxcala, el año de 1538, se representó un auto sacramental con grande aparato, cuyo asunto representaba el pecado de Adán y Eva y «este auto fué representado por los indios en su propia lengua ¹»

En 1539, en celebridad de la tregua de diez años ajustada entre el rey de Francia y el emperador, se representó también otra comedia por los indios, cuyo argumento era la conquista de Jerusalén, y cuyo autor, según la creencia de un escritor de nuestros días, fué el padre Toribio de Motolinía ². La descripción de esa fiesta que refiere el padre Motolinía, extractada por García Icazbalceta, merece reproducirse, pues es curiosa, la mezcla de personajes y de épocas que se advierte en aquel simulacro.

«La primera parte de la fiesta, aunque pasó delante del Smo. Sacramento, que estaba puesto en un tablado ó *cadalso*, y acompañado de Papa, cardenales y obispos fingidos, no fué propiamente un auto, sino un simulacro de la deseada y no verificada conquista de Jerusalem por el emperador Carlos V. Al efecto aprovecharon los indios unos edificios comenzados á levantar en una llanura inmediata á Tlaxcala y destinados para nueva casa de cabildo. Hincheron de tierra la parte ya labrada que tenia de altura un estado, y sobre ese terraplen levantaron cinco torres: la más alta en el centro, y las otras en los ángulos. Enlazaba las torres una cerca almenada, y toda la fábrica estaba muy adornada de flores. Aquella especie de castillo representaba la ciudad de Jerusalem. Enfrente, á la parte oriental, se hallaba aposentado el Emperador: á la derecha de Jerusalem quedaba el real ejército español: al otro lado el de las tropas de Nueva España. En medio de la plaza estaba Santa Fé, nombre que traía luego á la memoria la conquista de Granada por los Reyes Católicos, y allí habia de situarse el Emperador con su ejército. Todos estos lugares estaban cercados á imitación de fortalezas.»

«Llegada la hora de comenzar el espectáculo y sentados en el tablado del Santísimo Sacramento los que componían la procesion, comenzó á entrar en la plaza el ejército de España, en que se distinguían las banderas de sus diferentes provincias, y en la retaguardia iban los alemanes é italianos. «Había entre todos pocas diferencias de trajes, porque como los indios no los han

¹ Relación del arzobispo de México al Real Consejo. — *Documentos inéditos de Indias*, tomo IV, pág. 502.

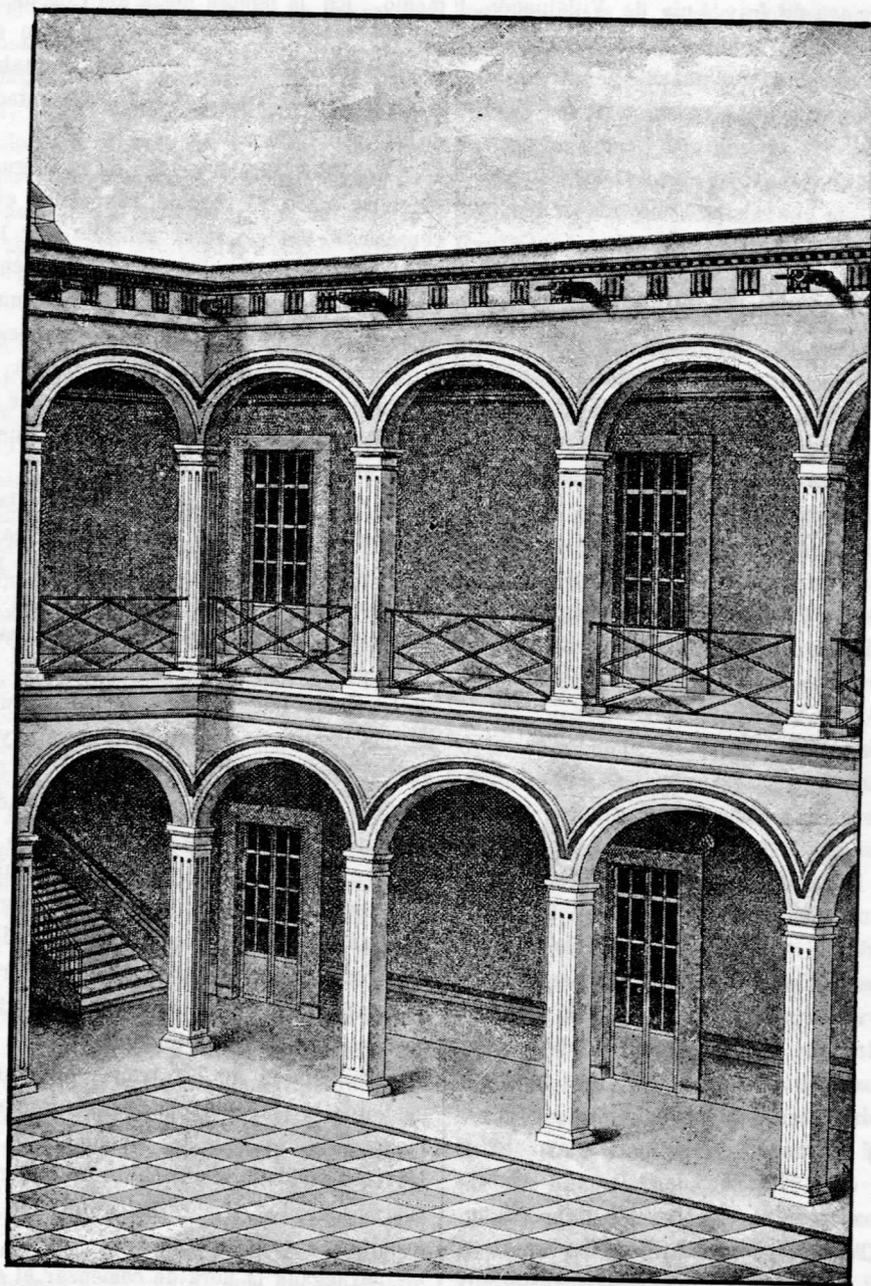
² GARCÍA ICAZBALCETA. — Obra citada.

¹ MOTOLINIA. — *Historia de los indios*, tratado I, cap. XV.

² GARCÍA ICAZBALCETA. — Introducción á los *Coloquios y poetas de Eslava*.

«visto ni lo saben, no lo usan hacer, y por eso entraron «todos como españoles soldados, con sus trompetas «contrahaciendo las de España, y con sus atambores y «pífanos muy ordenados: iban de cinco en cinco en «hilera, á su paso de los atambores.» Era general de este ejército don Antonio Pimentel, conde de Benavente.

«Entró en seguida el de la Nueva España, repartido en diez capitanías, y los que las formaban vestidos con ricos trajes, «porque todos cuantos en este auto «entraron eran señores y principales.» Iban en la vanguardia Tlaxcala y México, seguían los huastecos, zempoaltecos, mixtecos, coalhuauques, y unos «que se



Vista interior del colegio de San Nicolás, en Valladolid

«decían los del Perú é islas de Santo Domingo y «Cuba.» Cerraban la marcha tarascos y cuautemaltecos, y capitaneaba á todos don Antonio de Mendoza, virey á la sazón de la Nueva España.

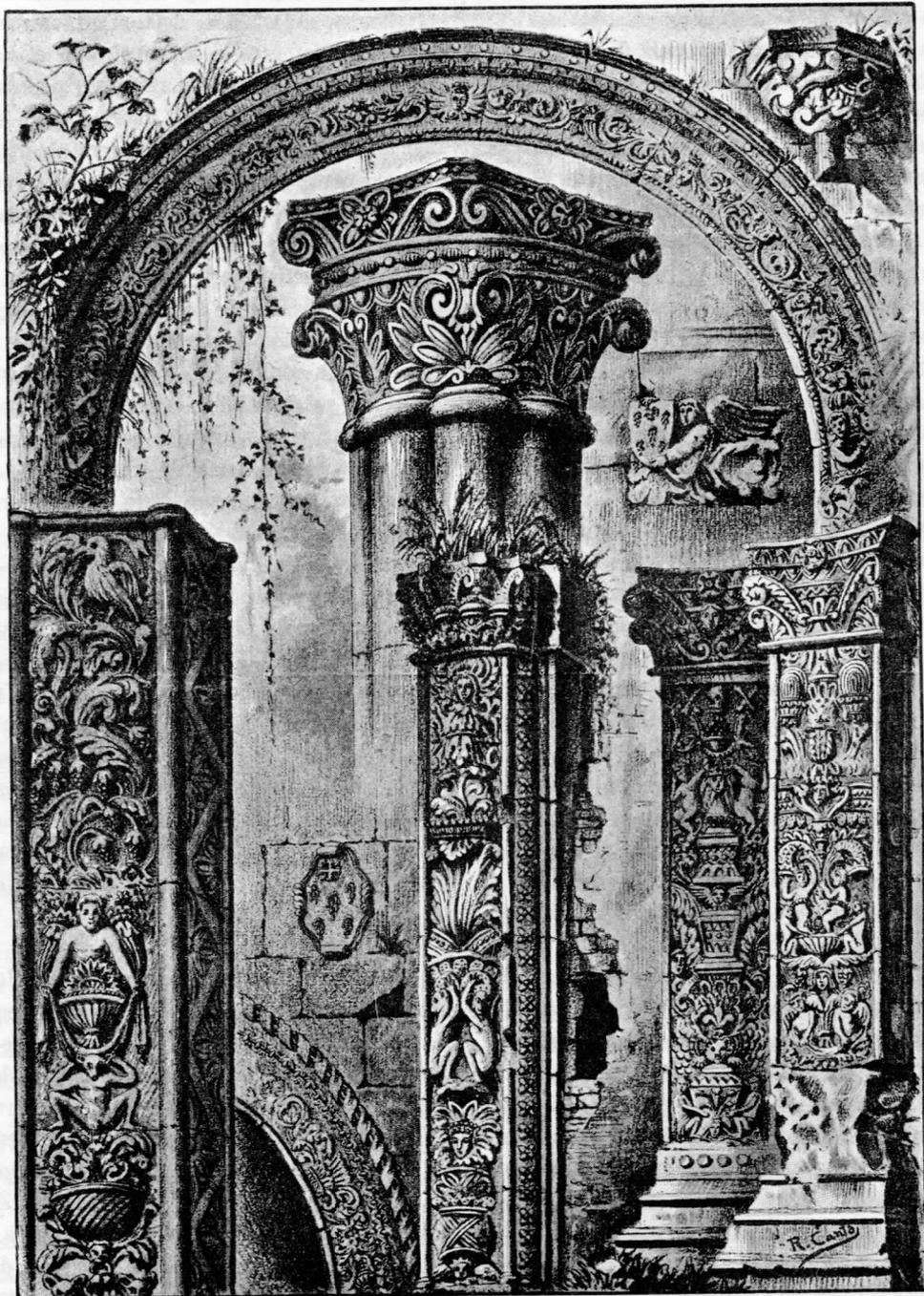
«Bien se deja entender, que ni el conde de Benavente, que nunca vino á México, ni un personaje como el virey Mendoza, tomaron parte personalmente en

aquel simulacro, sino que algunos señores indios los representaban. Lo propio sucedía con los jefes de los infieles; éstos eran, según el cronista, don Hernando Cortés, que hacía oficio de *Soldán*, y don Pedro de Alvarado, capitán general. Había en esto último una doble ficción, porque ni los conquistadores podían capitanear infieles, ellos que habían venido á plantear aquí

la verdadera fe, ni las personas que desempeñaban esos papeles eran los conquistadores mismos. No se alcanza la razón que los religiosos, autores ú ordenadores de todas las fiestas, tuvieron para agraviar á los conquistadores, poniéndolos por jefes en el bando de los

moros; ni cómo se toleraba tan poco honrosa ficción, aun por los mismos tlaxcaltecas, que no hacía mucho habían peleado de veras al lado de los que ahora, en el simulacro, tenían al frente como enemigos.

»El ejército español fué el primero en salir al



Detalles de las ruinas del convento de franciscanos de Tlalmanalco

campo, encaminándose en derechura á Jerusalem, y el Soldán don Hernando Cortés le salió al encuentro con su gente ataviada á manera de moros. Pelearon un rato y los enemigos cedieron, retrayéndose á la ciudad. Igual cosa sucedió con el ejército de Nueva España que vino á pelear después. Mas presto se trocaron los

papeles, porque habiendo recibido los moros un gran refuerzo, hicieron una salida y vencieron, uno en pos de otro, á los dos ejércitos. Sus capitanes, el conde de Benavente y el virey Mendoza, participaron al Emperador lo sucedido por medio de cartas que el cronista copia textualmente, así como las respuestas del sobe-

rano. Este acudió en persona al socorro de los suyos, acompañado de los reyes de Francia y de Hungría, "con sus coronas en las cabezas," y fué á aposentarse á Santa Fe. Sin desalentarse por el pasado revés, acometieron todos á los moros, quienes no solamente se defendieron bien, sino que verificaron otra salida, y rechazaron de nuevo á los españoles. En tal aprieto, escribió el Emperador al Papa la noticia de lo ocurrido, concluyendo con pedirle que rogara á Dios por el buen suceso de sus armas, "pues estaba determinado de tomar á Jerusalem y á todos los otros Santos Lugares, ó morir en la demanda." El Papa, consultado el caso con los cardenales, contestó al Emperador, diciéndole que ya mandaba hacer plegarias en todas partes, y concedía un gran jubileo á toda la cristiandad.

«Viéndose por dos veces rechazados, acudieron también los españoles á la oración, y fueron á arrodillarse ante el Santísimo Sacramento, con el Papa y cardenales. Aparecióseles entonces un ángel para decirles, que Dios había oído sus oraciones: que no desmayasen, porque al fin conseguirían victoria; y que "para mas seguridad" les enviaría el Señor á su patrono Santiago. Luego á la hora entró el apóstol en un caballo "blanco como la nieve," y los españoles le siguieron contra los moros, que aun estaban fuera de Jerusalem: éstos se retrajeron á la ciudad, y los españoles se volvieron á su real. Acometieron entonces á su vez los de la Nueva España; pero los moros salieron contra ellos, y los obligaron también á retirarse.

«Como la ayuda del apóstol Santiago no había sido de provecho, fué preciso ocurrir de nuevo á la oración. De nuevo apareció el ángel, á participarles que Dios había permitido fuesen humillados, á fin de probarlos y hacerles ver que sin su ayuda nada valian; pero que ya vendría al socorro el abogado y patrono de la Nueva España, San Hipólito. A la promesa siguió el cumplimiento porque llegó el Santo mártir en un caballo morcillo, juntóse con Santiago, y á la cabeza ambos de toda la gente, española é india, emprendieron un furioso ataque á la ciudad. "Todos juntos, dice el autor que seguimos, comenzaron la batería, de manera que los que en ella estaban, aun en las torres, no se podian valer de las pelotas y varas que les tiraban. Por las espaldas de Jerusalem, entre dos torres, estaba hecha una casa de paja, harto larga, á la cual al tiempo de la batería, pusieron fuego, y por todas las otras partes andaba la batería muy recia, y los moros, al parecer con determinacion de antes morir que entregarse á ningun partido. De dentro y de fuera andaba el combate muy recio, tirándose unas pelotas muy grandes, hechas de espadañas, y alcancias de barro secas al sol, llenas de almagre mojado, que al que acertaban parecia que quedaba mal herido y lleno de sangre, y lo mismo hacian con unas tunas coloradas. Los

"flecheros tenian en las cabezas de las viras unas bolsillas llenas de almagre, que doquiera que daban parecia que sacaban sangre: tirábanse tambien cañas gruesas de maíz. Estando en el mayor hervor de la batería, apareció en el homenaje el arcangel San Miguel, de cuya voz y vision, así los moros como los cristianos, espantados, dejaron el combate é hicieron silencio. Entonces el arcangel dijo á los moros: "si Dios mirase á vuestras maldades y pecados, y no á su gran misericordia, ya os habria puesto en el profundo del infierno, y la tierra se hubiera abierto y tragadoos vivos; pero porque habeis tenido reverencia á los Lugares Santos, quiere usar con vosotros su misericordia y esperaros á penitencia, si de todo corazon á él os convertís; por tanto, coneced al Señor de la Magestad, Criador de todas las cosas, y creed en su preciosísimo Hijo Jesucristo, y aplacadle con lágrimas y verdadera penitencia;" y esto dicho desapareció.»

«Las palabras del arcángel produjeron el efecto negado á las armas, porque los moros reconocieron su error, é hicieron señal de paz. Envió el Soldán un parlamentario con carta para el Emperador en que se reconocía vasallo suyo; y recibida se acercó el Emperador á la ciudad, cuyas puertas encontró ya abiertas: á ellas salió el Soldán á recibirle y prestarle vasallaje. Tomóle el Emperador de la mano, le llevó adonde estaban el Papa y los cardenales, delante del Sacramento, y allí dieron todos gracias á Dios por tanta merced. Lo más singular de este simulacro fué su remate. Traía consigo el Soldán muchos al parecer moros, pero que no eran sino indios adultos, prevenidos al intento, los cuales pidieron el bautismo al Papa y fueron luego allí mismo real y verdaderamente bautizados. Sólo las circunstancias especiales de la época y del país hacían posible ese fin de fiesta, que dudo se haya visto en otra parte.»

Esa comedia de la conquista de Jerusalem, fué representada por los indios al mismo tiempo casi que los españoles representaron otra que se llamaba la *Conquista de Rodas*, y de aquí indudablemente nació un género de piezas teatrales que se llamaron las *Conquistas* y que aun se ponían en escena en los teatros de México en el primer tercio del siglo XIX, y las cuales representaban ya la conquista de Zempoala, ya la de Tlaxcala, ya la de Michoacán, ya la de la Nueva Galicia, según el capricho ó las simpatías del autor por alguno de los capitanes españoles, dándose todas ellas como una serie en una temporada hasta terminar en la de México, la que tenía de curioso que en una de las escenas se hacía descender de la linternilla del teatro un muchacho con el traje guerrero conque se representa en México al apóstol Santiago, montado en un caballo blanco de madera, con la espada en una mano y el pendón de Cortés en la otra, sujeto á una cuerda que iba desarrollándose, al paso que el muchacho iba

describiendo grandes círculos en el espacio y gritaba:—¡A ellos valeroso Cortés! ¡Santiago y cierra España!

La costumbre de ver siempre representadas guerras entre moros y cristianos, dejó tan profunda impresión en el ánimo de los indios, que aun hoy mismo, que han pasado ya más de tres siglos y medio de la conquista de los españoles, todavía en las fiestas de los pueblos se acostumbra representaciones cuyo argumento es siempre una guerra entre los moros y los cristianos; y hasta en las peleas de gallos se finge una lucha semejante, soltando al mismo tiempo un gran número de estos animales por cada uno de los partidos que representan á los moros y á los cristianos, y la liza presenta el aspecto de un combate general, pues cada uno de los gallos lleva algún distintivo que indica el bando á que pertenece.

En los colegios establecidos por los jesuitas, principalmente en los de México, eran frecuentes las representaciones de comedias en latín y en español, pero esa orden era superior á las demás establecidas en México en ilustración literaria: esas comedias, obra muchas de ellas de los mismos catedráticos de los colegios, los asuntos mejor escogidos y aunque religiosos, no se reducían á luchas entre moros y cristianos, ni se encontraban en ellas anacronismos, como el de representar á Hernán Cortés acaudillando á los moros y defendiendo á Jerusalén contra Carlos V y el conde de Benavente; así se ve que en el año de 1594, en el patio del colegio máximo de los jesuitas en México, se representó una comedia latina el día de San Hipólito, aniversario de la toma de México, á la que dió argumento la vida del santo, dando premios á los actores que fueron los estudiantes del colegio, el ayuntamiento de la ciudad ¹.

No hay noticia de que durante el siglo XVI se hubiera construído ningún teatro en México, pero sí de tan gran número de comedias que se representaban, que cada día las había nuevas ².

Las bellas artes se cultivaron con buen éxito en el siglo XVI, quedándonos en la arquitectura algunos monumentos verdaderamente notables, como las ruinas de la primera iglesia que los franciscanos comenzaron á fabricar en Tlalmanalco; no se sabe quién proyectó y dirigió esta obra, pero el trabajo de los arcos es fantástico, rico y esmerado; en ellos se descubre el haberse tomado por modelo alguno de esos relieves y tallas de las antiguas sillerías de los coros de las catedrales, en los que tanto se distinguió el famoso Berruguete. La obra de la iglesia vieja de Tlalmanalco debe haberse ejecutado á mediados del siglo XVI, porque el templo que se construyó definitivamente y que es el que aun sirve para el culto, se llamó la iglesia nueva, y consta

en una inscripción, que quedó concluído en los últimos años del mismo siglo.

Otra de las obras, y quizá la más notable de las que se ejecutaron en el siglo XVI, es el acueducto de Zempoala, en el hoy Estado de Hidalgo, y estaba destinado á llevar al pueblo de Otumba el agua recogida en la falda del cerro de Tecajete. Dirigió esa obra fray Francisco Tembleque y comenzó á trabajarse por el año de 1553, como resultado de un contrato celebrado en febrero de ese año entre los pueblos de Otumba y Zempoala, en que el primero de esos pueblos se comprometía á proporcionar frailes que ministraran los auxilios espirituales al segundo, y éste daba el agua y ayudaba con su trabajo á la construcción del acueducto por donde debía conducirse.

Fray Francisco Tembleque, que trazó y dirigió la obra, tuvo que sufrir grandes contradicciones, pues todos los hombres que en la colonia se tenían por instruídos, tanto religiosos como seglares, declararon la empresa temeraria, no sólo por su magnitud, sino porque en el concepto de todos ellos el punto donde se debía tomar el agua estaba más bajo que aquel adonde debía conducirse. Cuenta Vetancourt que se envió de México un alcalde de corte para informarse reservadamente de todo eso y dar su opinión; y refiere un episodio maravilloso, que según él decidió al alcalde á rendir un buen informe y declarar que la obra tendría feliz éxito.

“Vivia Tembleque, dice, en una hermita adonde ministraba á los indios que trabajaban los auxilios espirituales; tenía por solo compañero un gran gato pardo que le traía todos los días un conejo en tiempo de conejos, y una codorniz en tiempo de codornices. Dudando que la obra que grandes y poderosos no se atrevían á intentar diera resultado, un alcalde de Corte lo visitó cuando el gato entraba con un conejo: como Fray Tembleque le dijo que trajera otro para la visita, y como lo trajo, quedó convencido el (alcalde) que tendría efecto la obra que se hacia.”

La construcción de la obra duró de diez y seis á diez y siete años, de los que cinco se dedicaron para levantar la arquería principal, situada entre Santa Inés y Tepeyahualco, y se terminó en 1571.

La comisión nombrada por el ministro de Fomento en 1878 para examinar esta obra, dice en una parte de su informe lo siguiente: “Situada entre Tepeyahualco y Santa Inés para franquear la depresión formada por la barranca del Papelote en una longitud de 902^m71; su altura sobre el talweg del arroyo es de 37^m80 y la absoluta sobre el nivel del mar 2,483 metros; su dirección es de N. O. á S. E. no en línea recta, sino en dos alineamientos que forman un ángulo de 197° á 178° en el arco más elevado. La sección del caño conductor es de 0^m30 por 0^m22 con una pendiente suave, pero bastante para facilitar el curso del agua.

¹ ALEGRE. — *Historia de la Compañía de Jesús*, lib. III.

² GARCÍA ICAZBALCETA, citando á Balbuena. — Obra citada.

»El caño conductor del agua tiene en su total desarrollo 160,496 tercias ó piés de marca (44 kilómetros 832 metros). Tres arquerías se construyeron en tres diversos lugares: la primera de 46 arcos, la segunda de 13, y la tercera de 68, que es la más notable.

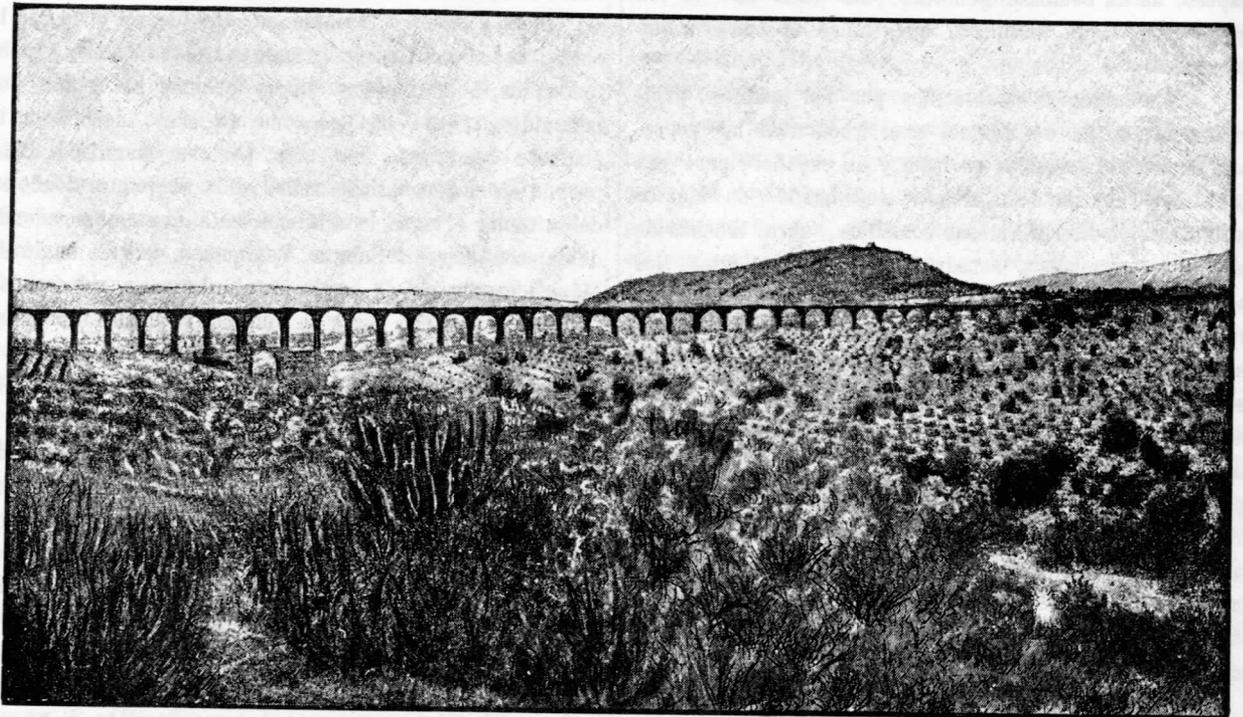
»En las extremidades de la arquería existen dos alcantarillas.

»El número de arcos es 68, de los que el más elevado está sobre el arroyo y tiene 32^m24 de acotación del plano que pasa por la base de los machones al intrados de la bóveda; la cuerda de este arco notable mide 16^m96. El arco inferior da paso al agua que

comunmente corre por la barranca; el que inmediatamente le sigue parece tener por objeto resistir al empuje que en este punto ejercen mutuamente las arcadas que se hallan á uno y otro lado de él, puesto que en los machones de este arco está la quiebra que parece intencionalmente se dió á la arquería, aunque alguien la ha atribuído á un movimiento brusco en la construcción: el tercer arco contiene los dos anteriores, no muy propiamente hablando, porque indica estar aislado y no ligado con ellos.

»El espesor de la bóveda con el muro sobre que va el caño conductor es de 1^m50 y el ancho 1^m42.

»A 59^m88 y á 42^m02 respectivamente de las



Acueducto de Zempoula

alcantarillas se encuentran unos postes ó parapetos que impiden el paso sobre la arquería; estos postes tienen 2^m25 de altura y ocupan una superficie de 1^m45 por 1^m42.

»En varios arcos existen aún fragmentos de los muros de adobe conque hicieron las cimbras.

»El estado de abandono en que se ha visto este monumento ha traído consigo su deterioro, ya por la vegetación que junto á él crece, ya por los rayos que le han caído, y lo que es más lamentable, porque algunos individuos han extraído y robado bastantes piedras para hacer mohoneras, según me informaron, testimonio bien triste del celo de que se hallan animadas las autoridades de los pueblos vecinos para conservar aquella obra tradicional.

»Bajo dos puntos especiales se debe considerar esta

arquería: como monumento arqueológico y como obra de utilidad. En el primero es incuestionable que, aunque no amenace ruina merced á la bondad de su construcción, exige una reparación inmediata lo destruído por la incuria y los elementos combinados. En el segundo, basta dirigir una mirada al pueblo de Otumba para convencerse que no ha cesado hoy la necesidad que en otro tiempo tuvieron sus habitantes del agua corriente. Los esfuerzos de los pueblos que sean beneficiados. de los gobiernos locales, y la protección del Gobierno federal, podrán hacer que un tan grave mal cese, y que obra de tanta importancia quede eliminada del catálogo de lo inútil.

»No debo concluir sin consignar una reflexión que es de atenderse.

»El agua, no cabe duda, llegó á Otumba por lo

menos en un período de 123 años; después de este tiempo el alcalde Caballero se dice volvió á ponerla en corriente porque había dejado de llegar; pero no, cuando sufrió de nuevo alteración y porque causa. Es poco admisible que la simple destrucción en parte del caño conductor fuera motivo insuperable para que los moradores de Otumba y otros pueblos se privaran del agua desde época tan inmemorial, que no se conserva recuerdo ni tradición de ella. Así, conveniente sería que una nivelación escrupulosa manifestara si el nivel del agua en Tecajete ha bajado y si esta es la causa efectiva de que el acueducto haya sido abandonado.

«Después de este estudio y siendo favorable el éxito no se calificará de infructuosa la inversión de diez á quince mil pesos en la reconstrucción de la magnífica obra de fray Francisco Tembleque ¹.»

Es notable el buen gusto de las obras de arte de ese primer siglo de la dominación española en México, que aunque muy lejos de poder llamarse clásico, atendiendo á la falta de modelos, de libros y de maestros, indica las grandes aptitudes de la raza conquistada, y de los mestizos que nacieron de la mezcla de españoles é indígenas. En la fundición de las campanas se hicieron rápidos progresos, y algunas, que aun se conservan, son notables, ya por su tamaño, ya por la gracia de sus molduras y adornos. En la fundición y entalladura en el hierro, hicieron muy pronto rápidos progresos los naturales del país, al grado que Bernal Díaz se expresa así ².

«Y pasemos adelante, y digamos como todos los mas indios naturales destas tierras han deprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer á ello, y los plateros de oro y de plata, así de martillo como de vaciadizo, son muy extremados oficiales, y así mismo lapidarios y pintores; y los entalladores hacen tan primas obras con sus sùtiles alegras de hierro, especialmente entallan esmeriles, y dentro dellos figurados todos los pasos de la santa pasion de nuestro redentor y salvador Jesucristo, que si no los hubiera visto, no pudiera creer que indios lo hacian; que se me significa á mi juicio que aquel tan nombrado pintor como fué el muy antiguo Apeles, y de los de nuestros tiempos, que se dicen Berruguete y Micael Angel, ni de otro moderno ahora nuevamente nombrado, natural de Búrgos, que se dice que en sus obras tan primas es otro Apeles, del cual se tiene gran fama, no harán con sus muy sutiles pinceles las obras de los esmeriles, ni relicarios que hacen tres indios grandes maestros de aquel oficio, mejicanos que se dicen Andrés de Aquino y Juan de la Cruz y el Cres-

pillo.» Aunque estos tres artistas los coloca un escritor moderno ¹ entre los pintores; lo que dice Bernal Díaz del Castillo no da motivo para ello. Existe una campana fundida en los primeros años de la Conquista, graciosa y elegantemente adornada, y el autor dice ser Johan Afine: quizá sea el mismo Aquino de que habla Bernal Díaz.

Las primeras pinturas ejecutadas en México después de la conquista por los españoles fueron sin duda los



Campana fundida en México en 1549

cuadros y lienzos de que nos hablan los cronistas religiosos que llevaban consigo los frailes que salían á predicar el Evangelio entre los pueblos cuya lengua ignoraban. Estos cuadros servían para explicar á los indios la doctrina cristiana, y representaban los principales misterios, sobre todo el de la redención. Desgraciadamente ninguno de estos lienzos ha llegado hasta nuestros días para darnos una idea de la ejecución de aquellos cuadros, cuyos autores debieron ser algunos de los religiosos; pues consta que entre ellos había hombres instruidos en la música, en la escultura, en la arquitectura y en la pintura.

El primer maestro de pintura que pasó á México, fué Rodrigo de Cifuentes, nacido en Córdoba en 1493, discípulo de Bartolomé de Meza en 1503, y que llegó á Veracruz dos años después de la conquista de México. Acompañó á Cortés en su viaje á Honduras, retrató en 1538 al Conquistador y á doña Marina, y después á

¹ Informe del ingeniero Luis Salazar al ministerio de Fomento. — *Anales del ministerio de Fomento*, tomo III, pág. 146.

² BERNAL DÍAZ. — *Conquista de Nueva España*, cap. CCIX, pág. 310.

¹ COUTO. — *Diálogo de la historia de la pintura en México*, pág. 22.

fray Martín de Valencia, á don Antonio de Mendoza, y á Nuño de Guzmán; quizá este retrato de Nuño y los de los oidores que compusieron las primeras audiencias, fueron los que se conservaban hasta hace dos años en la iglesia de Santiago Tlaltelolco. Cifuentes pintó también algunos cuadros para los franciscanos de Tehuantepec, y otro que se dice ser su obra maestra representando el bautismo de Maxiscáztin. Rodrigo de Cifuentes firmaba sus cuadros con una R, «cuyo trazo delantero inferior muy prolongado llevaba escritas una O y una C y arriba una S¹.»

Antes de terminar el siglo xvi había llegado á México el pintor Alonso Vázquez, cuyas obras aparecen ya ejecutadas á principios del siglo xvii. Andrés de

¹ Couro. — *Diálogo sobre la historia de la pintura en México.*

Concha, celebrado por Bernardo de Balbuena en la *Grandeza Mexicana*, fué también pintor famoso en México en el siglo xvi; pintó algunos cuadros para el túmulo erigido por la Inquisición en las exequias de Felipe II en el año de 1599, y un retablo para la iglesia de San Agustín. Baltasar de Echave, llamado el viejo, debe haber pintado ya algunos cuadros antes de comenzar el siglo xvii, porque en 1609, en la iglesia de Santiago Tlaltelolco, había pinturas de Baltasar de Echave, á quien ya entonces se calificaba de famoso; así puede decirse que al romper el siglo xvii del año de 1600 para delante, comenzó á formarse la verdadera escuela de pintura en México, y á encontrarse cuadros de los maestros que más se distinguieron en la Nueva España.